



ARQUEOLOGÍA RURAL Y ESTELAS DEL SO (DESDE LA TIERRA, PARA LA TIERRA Y POR LA TIERRA)

Juan Javier ENRÍQUEZ NAVASCUÉS *

RESUMEN: Se propone una interpretación de las estelas del SO desde el ámbito rural en el que se encuadran, como manifestación polivalente vinculada a la muerte, la tierra y su apropiación.

SUMMARY: An interpretation of the stele in South-West Spain is proponed which takes account of the rural environment in which they are place, as a multipurpose expression of the Death, the Earth and its appropriation.

PLANTEAMIENTO

Las estelas del SO constituyen uno de los temas más controvertidos en los estudios y análisis de la Prehistoria reciente y Protohistoria del SO peninsular, objeto además de dos Tesis doctorales sólo en la pasada década (Galán, 1993; Celestino, 2001) y con una extensísima bibliografía que no deja de crecer. Por todo ello volver a él puede parecer algo recurrente y hasta reiterativo, sin embargo consideramos que, como con tantas otras cuestiones, no están agotadas ni mucho menos las posibilidades de abordaje teórico-metodológicas relativas a ellas, mientras, por otro lado, los nuevos hallazgos que periódicamente se suceden siempre ayudan y hasta obligan a matizar, aquilatar, corregir e incluso replantear el sentido histórico de estas manifestaciones.

En la dilatada tradición de estudios que poseen han dominado casi siempre, con pocas excepciones, propuestas y discursos que han hecho mayor hincapié a la hora de valorarlas en su funcionalidad y estructura interna, buscándose frecuentemente unas claves lógicas para descifrar su sentido. Como alternativa y complemento, se han interpretado también desde unas perspectivas paisajístico-territoriales, hoy extendidas y que más tarde se comentarán, y por supuesto no faltan las lecturas en claves sociales indígenas o bien foráneas. Suficientemente divulgados todos estos planteamientos (figura 1), el punto de partida de la propuesta que aquí queremos exponer es el de su integración arqueológica más inmediata y clara: el medio rural, el campo. Ahí es donde las estelas tienen su primera contextualización y su más importante marco socioeconómico de referencia: el ámbito rural.

* Área de Prehistoria. Facultad de F. y Letras. Universidad de Extremadura. enriquez@unex.es

Partimos así de que en su conjunto son un hecho, producto o manifestación cultural de poblaciones que vivieron en y del campo, con una jerarquización social de la que ellas son una prueba fehaciente. Como tal, se enmarcarían también en las relaciones o dialéctica socioeconómica entre hombre y medio. Dicho de otro modo, la condición rural de las estelas no debiera separarse de: 1° el valor intrínseco del campo-ámbito rural, con sus connotaciones territoriales, y 2° una estructura social jerarquizada ligada a ese ámbito rural, cuestiones éstas que aunque no resultan del todo novedosas nosotros las tomamos como premisas y no como adición, ya que aquellas fueron dos realidades firmes al margen de la existencia o no de las estelas. Dentro de estas relaciones y contextualizaciones primarias, los elementos representados hay que considerar que son símbolos, como mayoritariamente se acepta (Blázquez, 2002), unos símbolos con los que expresar aquello que directamente no se podía o debía olvidar. Por tanto el discurso de los símbolos debió desarrollarse en un lenguaje elaborado pero didáctico, que requeriría inicialmente un conocimiento de su vocabulario y de su sintaxis, que es justamente una de las cuestiones que resulta más difícil y polémica para la investigación como bien refleja la historiografía. Pero ese discurso o forma expresiva a través de los símbolos es el que constituye la unidad temática básica sobre la que se articularon las variantes tipológicas de las estelas y que apuntan en dirección a una evolución multilineal donde convergen de forma dinámica objetos, ideas y estenografías, que encierran fenómenos de continuidad, reconducción, ciertas rupturas y hasta competitividad como se ha dicho (Barceló, 1995; Ruiz Gálvez, 1998). No obstante, esa temática desarrollada multilinealmente no hubiera existido siquiera sin los fundamentos de los que partió: espacio geográfico rural y condición social elitista. Tierra y jerarquía social creemos por tanto que son los factores que deben ser contemplados con mayor protagonismo, de modo especial la relación entre ambas, es decir la relación tierra/elite social, de la cual deben ser reflejo los símbolos y el discurso que conforman en las estelas. Este por su parte sería así el cauce o modo expresivo de esa relación en clave evidente de discurso de poder. El planteamiento fundamental de este trabajo es pues el análisis de esa relación y el comportamiento que se desprende del discurso de elite como reflejo de la misma. Haciendo un juego de palabras, las estelas *desde* la tierra y sus elites *para* la tierra y sus elites *por* la tierra y sus elites.

INDOEUROPEISMO	
ATLANTISMO PRECOLONIAL	
PRECOLONIZACIÓN	Marcadores de tumbas
PROTOORIENTALIZACIÓN	Conmemoraciones heroicas
ORIENTALIZACIÓN	Conmemoraciones funerarias
INDIGENISMO	Marcadores territoriales
LENGUAJE GEOMÉTRICO	Episodios bélicos
ORÍGENES EGEOS	Hitos de transhumancia
GUERREROS TARTÉSICOS	
ELITES PERIFÉRICAS	
ARISTÓCRATAS GANADEROS	

Figura 1. Esquema sintético de conceptos diversos vertidos sobre las estelas.

1. PRESUPUESTOS Y BASE DOCUMENTAL

Para ese análisis partimos de una base documental que enseguida se expondrá y de unos presupuestos tanto de encuadre cronológico general, como de contexto arqueológico igualmente general para el mismo y, naturalmente, geográfico. En esta última cuestión el marco de referencia es el área de dispersión que ofrecen las estelas y que supera como es sabido el propio SO peninsular, incluso la Península Ibérica (Harrison, 2004), pero nos vamos a centrar en él y de manera preferente en las cuencas extremeñas del Tajo y Guadiana por ser los espacios que mejor conocemos directamente, aspecto éste del conocimiento del medio y de la geografía de las estelas que como se verá consideramos de importancia capital. Respecto a las cuestiones cronológicas, y sin entrar a fondo en este debate, suponemos de entrada su adscripción a un elástico Bronce final-Bronce final orientalizante, protoorientalizante, incluso orientalizante antiguo, muy matizable tanto en terminología como en fechas según autores, con falta de unanimidad a la hora de datar no solo el inicio sino también el final de las estelas. En cuanto al contexto arqueológico general, al que durante tanto tiempo se aludió como un elemento importante de integración pero totalmente desconocido, las investigaciones de los últimos años han venido a cambiar ese panorama y tanto ese Bronce final como el tránsito a la convencional E. del Hierro cuentan ya para prácticamente todo el SO con documentación empírica y propuestas interpretativas incluso desde distintos planteamientos (Vilaça, 1995; Murillo, 1996; Gómez Toscano, 1997; Soares y Tavares, 1998; Pavón, 1999; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001), a los que continuamente hay que ir añadiendo nuevos datos (Monge, 2005). Cabe así hablar de un poblamiento dinámico, asimétrico y variado, incluso del inicio de un fenómeno de “sinecismo aldeano” (Ruiz Rodríguez, 1996 y 1998) sobre el que se incardinan una variedad grande de intercambios de mercancías, así como alianzas, regalos y dones (Ruiz Gálvez, 1992) que inciden en desigualdades sociales y en economías no solo de subsistencia (Barceló, 1992: 265-266), sin olvidar los contactos atlántico-mediterráneos (Ruiz Gálvez, 1993; Almagro Gorbea, 1989 y 1998; Bendala, 2000) y la pronta presencia detectada recientemente en al costa onubense de elementos mediterráneo orientales muy antiguos (González de Canales y otros, 2004).

Del contexto general o panorama del Bronce final e inicios del Orientalizante en el SO, y de igual modo en el área geográfica de dispersión de las estelas, nos interesan de manera especial los aspectos socioeconómicos que directamente pueden tener relación y reflejo en las mismas y entre ellos de un modo primordial las cuestiones que se refieren al ámbito rural y a sus elites. Luego, es evidente que también los símbolos y su discurso, pero como ya dijimos dentro de ese marco de relación tierra/elite social. Tanto los citados estudios regionales del SO como los propiamente específicos sobre las estelas (Galán, 1993; Varela Gomes, 1995; Oliveira Jorge, 1999; Celestino, 2001) así como otros de más amplio marco geográfico de proyección (Barceló, 1995; Mederos y Harrison, 1996; Almagro Gorbea, 1996; Ruiz Gálvez, 1998; Moreno Arrastio, 1999; Bendala, 2000; Torres, 2002; Blázquez, 2002; Celestino y Jiménez Avila (eds.), 2005, etc.) ofrecen para estos aspectos un valioso conjunto de datos y también de propuestas y modelos interpretativos con puntos de coincidencia pero también con muy importantes diferencias. Así, por ejemplo para Galán las estelas reflejan unidades sociopolíticas autóctonas, con la “dehesa” como ecosistema económico (Galán, 1993: 77 y 89). Mientras, el modelo de Mederos y Harrison para el Bronce final atlántico definió linajes escasamente jerarquizados, de ideología militarista y gran movilidad por el peso económico que

tendría la ganadería, con relaciones de patronazgo y clientela: “clientela superpuesta a lazos de parentesco” (Mederos y Harrison, 1996: 48). Almagro Gorbea sin embargo señaló a los guerreros de las estelas como jefes o caudillos militares por méritos pero no se mostró de acuerdo en un sistema de relaciones sociales de tipo clientelar, sino de fidelidad (*devotio*) (Almagro Gorbea, 1996: 31-33). Por su parte, Barceló los expuso como jefes de grupos familiares móviles y sobre todo ganaderos, independientes y autosuficientes, pero con diferencias en la estructura social entre las áreas del Tajo y Guadiana y el Guadalquivir. Oliveira Jorge coincidió con Galán al relacionar a los personajes de las estelas con el control de rutas ganaderas y de intercambio y apuntó la integración de los indígenas en un sistema más vasto de interacciones europeas (Oliveira Jorge, 1999: 122). Más recientemente se ha apuntado que las estelas podrían expresar un trasfondo social más o menos similar al de la “confederación de jefaturas individualistas” de Kristiansen (Pavón y Rodríguez Díaz, en prensa), que éste vinculó al control de puntos nodales en el control de las rutas. También para este ámbito socioeconómico son de sobra conocidos los planteamientos sobre el valor simbólico de las armas y de la orfebrería del Bronce final, pero de igual modo se ha aludido alguna vez a cambios en los sistemas de herencia por vía funeraria detectables en la orfebrería del Bronce final y en los ajueres funerarios, cuando los recursos mineros y agropecuarios estaban ganando importancia justo en la transición Bronce final-Hierro (Ruiz Gálvez, 1992: 236), así como a la emergencia de la figura del varón y del varón guerrero asociado a un sistema patriarcal (Ruiz Gálvez, 1992: 240). A este respecto es interesante recoger aquí como también se ha planteado la posibilidad de que el paso de estelas básicas a las más complejas pueda reflejar un cambio social desde elites no competitivas de sociedades parentales (básicas) a otras de naturaleza clientelar (las más complejas) (Ruiz Rodríguez, 1996: 61).

Pero por encima de las diferencias interpretativas y de modelos, con lo importantes que son y a las que más tarde habrá que volver, hay dos puntos básicos de coincidencia proporcionados por el registro arqueológico y que han sido puestos de relieve por la práctica totalidad de los investigadores y que como enunciados cuentan con una aceptación generalizada: Primero, la importancia que en el Bronce final del SO adquirieron las riquezas susceptibles de explotación, su tránsito y el control del mismo, es decir el ámbito o territorio rural, que no olvidemos que incluye el ganadero que tanto se ha valorado en los años noventa del pasado siglo. Segundo, unas formaciones sociales jerarquizadas, donde se advierte la existencia de unas elites dominantes que buscan mostrar su prestigio (legitimación) y asegurar el control, aunque sea selectivo, sobre ese valor económico (recolección, producción, transformación, abastecimiento, paso) que genera la tierra. Cabe pues considerar que el ámbito rural se vio afectado por ese interés por los recursos del campo, su control, intercambio y tránsito, de modo que no parece exagerado presuponer que “lo rural”, en su sentido más amplio, se convirtió en un generador de transformaciones, motor de interacciones, dinamizador de la economía y escenario de cambios sociales. Dicho de otro modo, como si una nueva cadena operativa de explotación-transformación-tránsito-intercambio-comercio de los potenciales del ámbito rural se hubiera puesto en marcha.

Para ir definiendo mejor todas estas cuestiones resulta ya obligado referirse a los estudios paleo ambientales que aunque de forma diferencial ya empiezan a existir. Estudios incipientes todavía pero que nos muestran una incidencia antrópica en el paisaje de las inmediaciones de los poblados, por ejemplo del Tajo y Guadiana extremeños, ya desde el Bronce

final, con el aclarado del bosque esclerófilo y las huellas de actividades agrícolas, ganaderas y de recolección, donde destacan los cultivos de cereales, trigo y cebada, y algunas leguminosas (Grau y otros, 1998; Hernández Carretero y otros, 2003; Duque, 2004 y 2005). Precisamente son estos datos paleo económicos los que han permitido hablar de un nuevo modelo agropecuario para el Bronce final del yacimiento de Alange en el Guadiana, extensible al momento en que surgieron otros poblados del Tajo como Aliseda y el Risco en una fase contemporánea al horizonte Huelva (Pavón, 1999: 201), al cual complementó la explotación minero-metalúrgica concretada ya en el poblado minero de Logrosán a fines del IX a.n.e. (Rodríguez Díaz y otros, 2001: 124), de modo que se va constatando cada vez mejor como fue surgiendo una articulación territorial y socioeconómica en ambas cuencas que es preciso no minimizar.

Teniendo en cuenta todo esto, partimos de que en el Bronce final se abrió en el SO un nuevo proceso de apropiación, legitimación y control de la tierra, que es tanto como decir un conflicto, desigual muy posiblemente, pero en su conjunto un proceso conflictivo al que no fueron ajenos los contactos con el mundo mediterráneo como parte esencial del mismo. Este nuevo proceso de relaciones entre la tierra y las elites debía reflejarse en las manifestaciones de apropiación y control de aquella por parte de éstas y ahí es donde creemos que cabe incardinar el discurso de las estelas.

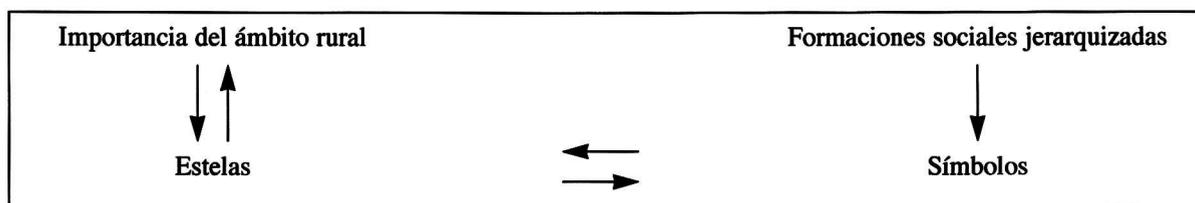
Para las estelas en si contamos con una base documental que necesita también de una evaluación previa. En un reciente trabajo se recogía un catálogo de 109 estelas (Murillo y otros, 2005: 36), al cual hay que sumar hasta este momento otras cuatro nuevas depositadas en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz que estaban inéditas: Capilla VII, Capilla VIII, Cabeza del Buey IV y Orellana (Domínguez de la Concha y otros, 2005), otra inédita encontrada en el término municipal badajocense de Esparragosa de Lares y dos más de la sierra norte de Sevilla (García Sanjuán, en estudio). Su número pues no deja de aumentar, pero en ese citado trabajo reciente se hacen una serie de consideraciones sobre su distribución geográfica actual, las diferencias regionales y las implicaciones que ello tiene en las valoraciones tipológicas, cronológicas y espaciales que creemos que es importante recoger. Se dice así: “creemos que la población actualmente conocida de estelas es demasiado reducida como para deducir pautas absolutas de distribución espacial en áreas más o menos definidas más allá de la simple impresión subjetiva, estando además sesgadas las subpoblaciones regionales por las peculiares características por las que ha atravesado la historia de la investigación y de su descubrimiento”... “la distribución actual de las muestras de estelas sobre un mapa puede no estar en correspondencia directa con la entidad original de las poblaciones, sino con las múltiples razones por las que los arqueólogos las han buscado en una determinada zona, las han encontrado y las han publicado” (Murillo y otros, 2005: 40-42). Teniendo esto en cuenta, recordemos simplemente como, para el momento actual, la mayor presencia hasta ahora detectada se encuentra en el Guadiana medio, con un 40% de la muestra y como dentro de ella destaca el Zújar como núcleo más denso, a la cual sigue el Guadalquivir con cerca de un 25%, hasta hace poco considerada una zona casi marginal y anecdótica, que se encuentra así en este instante por encima del área entre el Tajo y Guadiana (22%) y el N. del Tajo que no llega al 10% provisional. También, como, dentro de esta provisionalidad, las estelas figuradas son cada vez más numerosas frente a las básicas y a las que no cuentan con antropomorfos.

Para otros aspectos consustanciales a esta base documental, cabe recordar también la descontextualización aparente de las estelas, con la falta de otros elementos materiales a las que asociarlas excepto en algún caso muy concreto (Murillo y otros, 2005) y su no asociación inmediata a poblados ni necrópolis convencionales. De igual modo, como parece tratarse de una manifestación más propia de gentes del interior, con prácticamente una sola excepción hasta ahora (Celestino, 2001: 320) y como son piezas que, cuando no han sufrido roturas recientes, casi siempre se han encontrado en buen estado de conservación pese a su lógico deterioro, sin huellas de desplazamientos ni ensañamientos, a veces retocadas y hasta renovadas dotándolas de escritura. Es decir que parecen haber sido losas en general respetadas a las que no se agredió ó destruyó sistemática o intencionadamente.

2. PROPUESTA DE DISCUSIÓN

Con esas premisas y esa base documental, proponemos para las estelas: a) una consideración de las mismas como vínculo con la tierra, más en concreto con el territorio rural en su sentido amplio, no reducido a uno o dos valores concretos del mismo, y b) un sentido funerario con el que legitimar esa vinculación. Las estelas serían así el reflejo de un ritual simbólico de carácter funerario cuya polivalencia servía también para asociar ideológicamente linaje y tierra, cohesionar las relaciones sociales y legitimar una apropiación. Dentro de esa polivalencia expresarían vinculación con la tierra como herencia legítima de una condición de elite rural. Es decir que la propuesta de discusión que queremos desarrollar es que las estelas del SO y sobre todo las estelas llamadas de guerreros desarrollan un discurso de poder en el que la muerte es el salto cualitativo que llega a justificar su existencia (Enríquez, en prensa). Un discurso de poder relacionado con la muerte, aunque no haya evidencia material del cadáver, donde puede aceptarse la heroización y el sentido conmemorativo, que también podrían tener perfecta cabida, pero dentro de un discurso funerario de vinculación y legitimación de una apropiación. En definitiva, las estelas como punto de encuentro de aspectos ideológicos relacionados con la apropiación de la tierra, la muerte, la herencia y la legitimidad de las elites, hitos simbólicos de quienes buscaban vincular tierra y linaje, o sea condición de elite controladora del territorio (figura 2).

Esta propuesta tiene puntos de coincidencia con otras que han valorado su sentido funerario y la importancia territorial de las mismas, así como su ideología, etc. pero también presenta diferencias y matices con todas ellas. Nosotros aquí, al igual que ha hecho Murillo, planteamos una ruptura con las teorías del desplazamiento y de la transhumancia, sin por ello negar que existiera movilidad pero no como argumento primario de explicación para el desarrollo tipológico y extensión geográfica de las estelas, sino que éstas responderían a un fenómeno interno y consustancial a ese dinamismo poblacional al que ya se ha hecho referencia. Planteamos pues el fenómeno de las estelas como una expresión del nuevo proceso conflictivo surgido en relación con la revalorización del ámbito rural que antes se enunció, la complejidad ideológica y territorial que ello desató y considerando que el mismo no fue ajeno a la llegada al interior de los contactos mediterráneos.



Claves ideológicas

Apropiación (reivindicación) tierra
 Unión linaje a la tierra
 Carácter hereditario de las elites
 A la muerte se hereda, se protege
 ¿Evocación de un rito de sucesión?

Manifestaciones ideológicas

Poder simbólico de las armas (funer.)
 Actualización de símbolos (funer.)
 Competencia... poliformismo
 Jefes-Señores en una tierra
 ¿incipientes aristócratas rurales?

Discurso: Ausencias: cadáveres, elementos materiales, estructuras.

Presencias: símbolos polivalentes, tierra, particulares enclaves.

Conclusión: Relación estela con importancia territorio rural sentido funerario de esa vinculación.

Figura 2. Esquema simplificado de la propuesta.

En relación con estas cuestiones hay que reconocer que no cabe duda que el discurso de las estelas no fue siempre uniforme en su expresión y que hay variantes en el vocabulario, pero no en la sintaxis, de ese lenguaje simbólico, que por un lado tuvo su base en el propio valor emblemático de las armas y por otro en nuevos elementos de prestigio del ámbito mediterráneo oriental, culturalmente más elaborados, compitiéndose incluso con ellos. Sin embargo no parece haber ruptura de trasfondo, sino variantes de naturaleza adaptativa a elementos culturales y elitistas de distinta referencia dentro de una misma tradición expresiva, que ganó en dinamismo y carácter narrativo con los elementos culturalmente más desarrollados. Por ello, tanto las estelas simples como las de composición más compleja ofrecen la misma sintaxis aunque con diferentes vocabularios y unas y otras carecieron de estridencia, nunca debieron ser elementos destacados del paisaje, son demasiado pequeñas para sobresalir y hasta ahora no se ha encontrado huella alguna de elementos que sirvieran para realzar su posición y hacerlas destacar. Esa falta de estridencia en el paisaje no quiere decir que no contuvieran un mensaje contundente y reivindicador, mediante el cual se dejaba constancia de un rito que de ser de paso sería a lo invisible (la muerte).

2.1. El sentido funerario de la vinculación. Ausencias (o como expresar la muerte como ausencia)

El sentido funerario de las estelas es uno de los aspectos que mayor número de investigadores han aceptado, aunque no faltan quienes lo matizan ni quienes ponen objeciones (Celestino, 2001: 25-43). Como marco contextual para su consideración no está de más recordar primero como el registro funerario del Bronce final en el SO es muy limitado, por no decir casi inexistente, pero también como la esfera de comportamiento funerario no agota su expresión material en las tumbas tradicionales y ajuares. Así si tomamos en consideración los modelos funerarios “de ausencia” propuestos para el Bronce final atlántico (Bradley, 1990; Belén, Escacena y Bozzino, 1991; Escacena y Belén, 1992), vemos como en el área de dispersión de las

estelas parece que también se participa de la falta de huellas materiales de los muertos, o sea de verdaderas tumbas tradicionales, por lo que nada de particular tendría que no se encuentren restos de cadáveres o sus cenizas bajo ó junto a las estelas. No serían por tanto marcadores ni contenedores de tumbas en un sentido tradicional y podrían encajar a priori en un lenguaje funerario, de signo atlántico o no, donde nada queda de la materialidad de los difuntos. Como hace mucho tiempo apuntaron Varela Gomes y Pinho Monteiro la estela podría representar la acción de despedida de un cuerpo que nunca estuvo bajo la piedra (Varela Gomes y Pinho Monteiro, 1977: 198-199), así su sentido o al menos uno de ellos sería funerario.

Por otro lado tenemos la representación de una serie de objetos que aceptamos que son símbolos de un determinado lenguaje, que es donde esos objetos adquieren esa nueva categoría que hace trascender su materialidad y valor económico y les otorga la dimensión “simbólica”. Objetos y símbolos por tanto muchas veces analizados y que cuando se conocen físicamente en otros contextos que no son sus representaciones en las estelas se suelen valorar en claves de elementos que forman parte de ritos, ceremonias, ofrendas, etc. En relación con las armas, especialmente espadas y puntas de lanza bien conocidas físicamente, baste recordar las interpretaciones vertidas con diferentes matices sobre su valor ritual y a veces funerario (Ruiz Gálvez, 1998), incluso de herencia y reivindicación (Bradley, 1990: 139; Ruiz Gálvez, 1992) y hasta como su contextualización en la Ría de Huelva ha sido interpretada como “necrópolis fluvial” (Belén y Escacena, 1995: 110), aunque también se han señalado diferencias en el simbolismo sacro y profano de las espadas (Ruiz Gálvez, 1998: 267) y su presencia no falta en depósitos votivos terrestres interpretados como no funerarios como el de Puertollano en Ciudad Real (Fernández Rodríguez y Rodríguez de la Esperanza, 2002: 131). El caso de los escudos puede parecer diferente y en cierta medida lo es puesto que no se conocen físicamente, aunque es uno de los objetos más importantes en las estelas simples, donde siempre ocupa un lugar destacado. Pero aunque no se conozcan no dejan de ser una representación simbólica que en absoluto distorsiona el discurso de las armas, sino que lo enriquece al margen de su origen, su posible consideración como elemento de identidad, su carácter votivo, etc. (Celestino, 2001: 150-151). Con estas valoraciones de esas armas en ritos diferentes –que como es normal también tiene posturas en contra (Moreno Arrastio, 1999: 173)– las cuales se podrían hacer extensibles a otros objetos también físicamente conocidos como los cascos o las fúbulas, cabe enseguida pensar en algo semejante para su razón de ser en las estelas. Incluso en un trasunto del papel de los mismos símbolos en los ceremoniales que se han asociado a los hallazgos de la Ría de Huelva (Ruiz Gálvez (ed.), 1995), en un hecho diferencial de aquellos adaptados a la tierra (y sus connotaciones), una versión con características cercanas o muy semejantes pero algo distintos en su concreción a los vinculables con los llamados depósitos, puesto que las estelas no lo son.

La diferencia con los depósitos, ofrendas, etc. es que en las estelas los objetos no están, de la misma manera que no hay cadáveres y la conjunción de estas y otras ausencias es la que puede indicarnos también una clave ideológica de su sentido funerario. La ausencia de materialidades orgánicas la produce la muerte y es tal vez por ello por lo que tiene sentido que esos objetos no estén, sino que solo sean símbolos alusivos a la condición de quien tampoco ya está y tal vez a la transmisión. Con estas mismas ausencias cabe hablar de heroización o memorial, pero dentro de ese lenguaje que parece utilizar las ausencias para recalcar que son consecuencia de la muerte.

En las estelas que no son exclusivamente armamentísticas el discurso de las armas y algunos otros objetos de prestigio personal aparece enriquecido y reconducido, pero con los mismos parámetros discursivos. Nuevo vocabulario que utiliza la misma sintaxis. Esos nuevos elementos simbólicos: carros, objetos musicales, la propia figura humana, otros personajes que parecen secundarios, etc., han sido objeto también de valoraciones que muestran su relación con ámbitos rituales y funerarios (Almagro Gorbea, 1977; 1996 y 1998; Bendala, 2000; Celestino, 2001; Blázquez, 2002, etc.). Incluso cabe vincular a algunos de ellos, como son los objetos musicales, con cánticos y recitaciones que se incluirían también en los ceremoniales del ámbito funerario (Almagro Gorbea, 2005: 42 y 45) y hay propuestas para interpretar las figuras humanas secundarias tanto como esclavos (Moreno Arrastio, 2000), como posibles sacrificados en un ritual funerario (González de Canales, 2004: 110).

En conjunto se trata de nuevos símbolos que se han interpretado alguna vez no como manifestaciones de cambios o de procesos de orientalización, sino como estrategias de manipulación y refuerzo de la imagen del guerrero (Ruiz Gálvez, 1993: 63). Pero pese a sus sustanciales diferencias ideológicas con las armas se integran dotando al discurso de un gran polimorfismo, quizá más geográfico que cronológico (Galán, 1993: 78). A propósito de esta cuestión de primacía cronológica, algunos autores han manifestado sus dudas sobre la mayor antigüedad de las del Tajo (Murillo y otros, 2005: 39) y siendo una cuestión aún difícil de dilucidar por las razones expuestas al tratar de la base documental, habría que contemplar de igual modo posibles implicaciones cronológicas no solo de los fenómenos de imitación y competencia, sino también de posibles conservadurismos o tradicionalismos formales y/o ideológicos e igualmente las propias asimetrías que el poblamiento pone de manifiesto. Pero volviendo al polimorfismo, hay que decir que a pesar de las diferencias tipológicas evidentes no se alteró el significado último de las estelas ya que la forma o sintaxis discursiva presenta una continuidad en el hecho de trasladar al mismo marco expresivo nuevos símbolos y conceptos. Ciertamente que algunos objetos tienen aún una interpretación dudosa e incluso muy oscura, como ocurre con los puntos-cazoletas, las incisiones filiformes, las superposiciones o las inclusiones (¿o no?) de escritura “tartésica”, pero en el objetivo y forma del discurso las variantes tipológicas coinciden. Algunas de las más complejas muestran incluso una escenografía que puede interpretarse como una estampa fija de ese ritual funerario polivalente, como ocurre con la famosa de Ategua y la de Majadahonda ó Cabeza del Buey IV a pesar de estar incompleta (Domínguez de la Concha y otros 2005: 52-54). En esta última puede apreciarse una estructuración en franjas horizontales con una figura mayor en la franja central que lleva un casco de cuernos y una especie de calzado o aplique especial, al lado otra con un especie de huso en una mano, mientras en la franja superior hay otras figuras humanas y en la inferior un gran carro y personajes secundarios asociados a éste, de tal modo que el conjunto parece tener unas connotaciones funerarias que tal vez refrendase la inscripción del extremo inferior (figura 7). Una escena fúnebre con elementos compositivos y escenográficos que evocan concomitancias con el mundo Geoege excelentemente tratadas por Bendala en diversas ocasiones (Bendala, 2000).

Por último, en cuanto a las estelas diademadas consideradas femeninas, su coetaneidad con las de guerreros al menos durante un tiempo queda avalada por el hallazgo en 2005 en la sierra norte de Sevilla de una estela con una figura masculina y otra femenina (García Sanjuán, en estudio). Aunque pudiera parecer que este grupo especial de estelas distorsiona algunas de las valoraciones y propuestas que estamos apuntando, consideramos por el contrario que son

un reflejo más de esa complejidad social y reafirman un hecho ya conocido como es el del papel jugado por ciertas mujeres en los mecanismos de legitimación de linaje, estirpe, alianzas, condición y transmisión, para los que se utiliza también una tradición figurativa femenina muy antigua. Es decir son prueba de un protagonismo a veces incluso compartido en las estrategias sociales de reivindicación, alianzas y transmisión entre las elites. Resultan así importantes para las valoraciones que pueden hacerse sobre la estructura social interna, porque para las de guerrero la mayoría de los investigadores habla de jefaturas individualizadas o familiares autosuficientes o bien de caudillajes, aunque también se han utilizado otros términos como aristócratas o señores, solo a veces convenientemente definidos desde el punto de vista conceptual. Quizá con estas estelas diademadas se manifieste una base social de carácter básicamente parental pero no simple, de modo que resulta muy difícil pronunciarse acerca del posible surgimiento de relaciones clientelares que pudieran sugerir las estelas más complejas (Ruiz Rodríguez, 1996) o de sistemas solo patriarcales. Tal vez con un trasfondo sobre todo parental estemos también ante otros mecanismos más elásticos pero igualmente válidos para acceder, transmitir y fomentar la unión y cohesión social, puesto que más allá del acceso a la jefatura por linaje, nuevos lazos de parentesco o méritos y de la existencia de lazos de sumisión o de fidelidad definibles en términos de clientela o no, aceptar que se trata de jefaturas individualistas de naturaleza familiar y autosuficientes no quiere decir en absoluto aisladas, sino en interacción dinámica con unos intereses socioeconómicos cambiantes y adaptativos, como bien reflejan los cambios y adaptaciones de los propios símbolos para el mismo discurso de poder.

2.2. *El vínculo con la tierra*

Esta interpretación de las estelas como reflejo de ese ritual funerario polivalente que vincularía a las elites rurales con la apropiación de la tierra se plantea como el punto de arranque de un proceso de largo recorrido por la posesión de la misma, que en definitiva fue el más importante en la dinámica socioeconómica de las tierras interiores del SO no solo en el Bronce final y transición Bronce final-Orientalizate, sino también en el desarrollo de este último. Por ello, considerar a estas elites de las estelas como los primeros aristócratas rurales quizá sea algo excesivo y difícil aún de poder demostrar, pero sí cuanto menos cabe plantear si no serían los antecesores inmediatos de los mismos y su toma de posición con respecto a los valores económicos del ámbito rural permitiría señalarlos como sus precedentes o sus precursores. Habría que tener más datos y saber algo más de su territorialidad, que hasta ahora se ha basado en la dispersión y disposición que ofrecen sobre el espacio, con intentos de interacción con los poblados y otros ítems de prestigio conocidos especialmente en algunas áreas (Pavón, 1998). Pese a estas lagunas no parece de entrada que el área geográfica amplia por el que se extienden las estelas conocidas hubiera adquirido un alto grado de complejidad estructural, ya que no se advierte en la dispersión e integración paisajística de poblados, estelas y otros ítems de prestigio del Bronce final e inicios del Orientalizante ni parcelaciones, ni delimitaciones rígidas del espacio ni una coerción espacial que permita hablar de verdaderas estados ni de fronteras, sino de espacios y territorios ocupados y al menos simbólicamente controlados y protegidos.

Pero esa relación con la tierra y sobre todo con el territorio ha encontrado interpretaciones hoy muy extendidas que han valorado a las estelas, con diversos matices, como marcadores simbólicos de puntos de paso estratégicos, de rutas ganaderas de trashumancia, de inter-

cambios, etc. Propuestas que han partido de la aplicación de un modelo teórico de demarcación territorial (Ruiz Gálvez y Galán, 1991; Galán, 1993; Ruiz Gálvez, 1998) que topa con un importante obstáculo: la mayoría de los sitios –que no todos– bien controlados donde han aparecido estelas no está en relación directa con caminos, vados, puntos de paso de montaña o rutas de trashumancia, etc., tal y como una cartografía de conjunto pudiera sugerir a gran escala para ciertos puntos geográficos en una valoración macros espacial, que no tanto en una meso y micro de esos enclaves concretos. Pero ni siquiera se ubican los lugares concretos de hallazgos en las áreas de tránsito o rebordes de comarcas naturales, cuencas, sistemas orográficos o de contacto geológico, sino que se trata de sitios en pendientes de suaves lomas, en los pies de sierras o incluso en medio de ellas, en terrenos peniallanados, a veces incluso en vegas y terrenos de alta fertilidad, pero no siempre con curso de agua importantes en las inmediaciones y pocas veces junto a caminos o veredas antiguas o modernas ni en puntos de tránsito que la propia topografía marque de forma natural. En cuanto a las circunstancias de aparición, poco han aportado como información para estas cuestiones puesto que son muy numerosas las aparecidas en campos de cultivo con motivo de faenas agrícolas, remociones, aclarados (Capilla, El Viso, Orellana, Aldea del Rey, Ecija, Los Palacios, Burguillos, la última de Esparragosa de Lares, etc.). Es decir que se trata en realidad de puntos del paisaje la mayoría de las veces verdaderamente anodinos, sin protagonismo paisajístico alguno, por los que no es obligatorio, ni a veces lógico, pasar para transitar. En ellos el tamaño de las estelas es un hecho que hace y hacia difícil su identificación puesto que no es fácil advertir su presencia en cuanto nos alejamos un poco del punto de ubicación, dada su integración en paisajes monótonos. Y como los estados de conservación muestran, se trata de estelas que no han sido muy movidas ni han sufrido traslados.

De hecho esos planteamientos ya habían sido puestos en tela de juicio por S. Celestino (Celestino, 2001: 75-77), quien ha manifestado como las geografías donde se concentran las estelas son espacios personalizados. Del mismo modo ha destacado la imposibilidad de una relación de intervisibilidad incluso entre la mayor parte de las ubicadas en áreas cercanas, y que la mayoría de los lugares de hallazgos se ubican en puntos nada destacados del paisaje como se ha apuntado antes, al igual que señaló que solo unos pocos de los lugares de hallazgo se encuentran cerca –que no junto– a vados o puertos de montaña, aunque en el horizonte siempre hay un accidente geográfico de relevancia, pero los hallazgos no se han efectuado casi nunca en ellos. Quizá a lo ya esgrimido por este autor y a lo aquí dicho pueda servir de refuerzo la exposición de algunos ejemplos concretos que puedan aclarar mejor esta cuestión, puesto que los esfuerzos sobre todo de Galán chocan con esta realidad del registro y es evidente sobre cualquier mapa de detalle la falta de sintonía entre los lugares de hallazgos de estelas bien controlados y las cañadas y sus ramales, vías pecuarias, caminos de herradura, senderos, veredas y hasta carreteras, de igual manera que con la cartografía histórica donde se recogen las rutas tradicionales de trashumancia entre la Meseta y el Guadalquivir (VV. AA., 1993). Tal vez por ello Galán recalcó al final de su trabajo, que consideramos bien planteado y meritoriamente desarrollado, la importancia de contrastar su modelo con lo empírico y cómo era muy importante conocer las localizaciones exactas y el poblamiento. En este sentido la investigación sobre el poblamiento ha avanzado considerablemente y se empieza a contar con esos datos paleoambientales referenciados, que aunque sea de una forma no directamente relacionada con los enclaves concretos de las estelas sí que nos acercan a unos paisajes muy distintos de los actuales, no solo en los parámetros económicos, sino también en los medio ambientales.

De este modo, si consideramos las estelas que se distribuyen a lo largo de la franja del Guadiana medio de E. a O., la mayor en número hasta ahora que incluye el núcleo del Zújar (figura 3 y 8), nos encontramos con una serie de ellas cuya localización y circunstancias de aparición se ha perdido y por lo tanto solo muy parcialmente pueden ser tenidas en cuenta a la hora de establecer relaciones paisajísticas y territoriales.

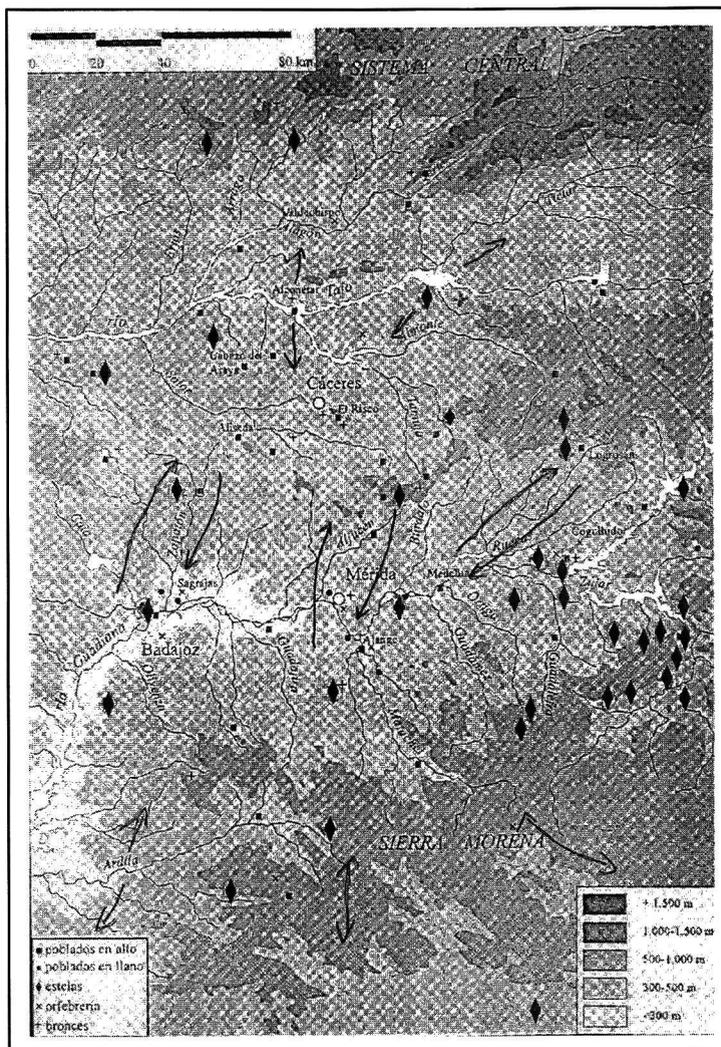


Figura 3. Bronce final.
Poblados, estelas, orfebrería y bronces de las cuencas medias del Tajo y Guadiana
 (según Rodríguez Díaz y Enríquez 2001, modificado).

Son las de Arroyo Bonaval en Almendralejo, Valdeterres II, Benquerencia de la Serena, Cancho Roano que apareció reutilizada al igual que la de Capote y el Viso I. Para otras se conservan solo datos imprecisos que limitan su valor a los efectos que estamos considerando: Magacela, que se dice encontrada en una tapia cerca de una fuente de la localidad; Navalvillar de Pela, encontrada en zona de inundación del pantano de Orellana, pero no lejos del vado de Cogollado; Chillón que apareció junto a otras inscripciones romanas; Esparragosa de Lares I aparecida en el embalse del Zújar y que como se ha clarificado hace poco apareció en reali-

dad en el término de Castuera (González Ledesma, en prensa nota 6), es decir, en la margen izquierda del Zújar; Herrera del Duque aunque se sabe que procede de una finca municipal situada entre el Guadiana y el cerro Castellón (Celestino, 2001: 406); Tres Arroyos en Alburquerque, que es una referencia imprecisa ya que es una zona amplia de contacto entre sierra y llanos por los que discurren esos tres cursos de agua; Fuente de Cantos que tampoco tiene una ubicación exacta, pero sí es de interés el hecho de que la finca de la que procede esté junto a la Cañada Real leonesa. Por el contrario, se sabe con certeza donde aparecieron las de Olivenza, Granja Céspedes, Valdetorres I, Esparragosa de Lares II y la nueva de este término municipal recién encontrada, las de Zarza Capilla, Capilla, Cabeza del Buey, Quintana de la Serena y la mayoría del Viso, es decir un número mayor que las seis del primer grupo y las siete del impreciso. Con brevedad repasamos esa información. La de *Olivenza* apareció en la finca Monte Blanco, en una suerte agrícola al pie de una sierra a una distancia en línea recta de algo más de 4 kms. del Guadiana (figura 4). La de *Granja Céspedes* en Badajoz estaba más cerca del río Caya (300 m.) que del Guadiana (2 kms.), pero no lejos del Vado del Moro, en zona de vega fértil (figura 4). *Valdetorres* I apareció en una obra del Cerro del Santo, suave elevación sobre el Guadámex, a 5 kms. del Guadiana pero también en plena vega fértil (figura 5). La de *Orellana* se encontró con motivo de unas faenas agrícolas enfrente del cerro de La Atalaya, que como su nombre indica es un lugar alto y que impide el contacto visual con el río, cuyo vado más cercano, el de Cogolludo, dista 9 kms. en línea recta (figura 6). Ya entre el Guadiana y el Zújar, *Esparragosa de Lares* II en un paisaje anodino, enmarcado por dos cerros destacados y el río Gualerma. La inédita de este mismo término de *Esparragosa de Lares* lo fue en una tierra de labor conocida como La Bodeguilla (figura 9) que tiene el interés de estar muy cerca de la Cañada Real Leonesa Oriental, siendo una de las pocas de la cuenca del Guadiana asociable de manera clara a una ruta histórica de trashumancia. Por su parte, *Zarza Capilla* I y II aparecieron en la finca Los Llanos, en la dehesa boyal, junto a Zarza Capilla la Vieja (figura 8), con un entorno sin elementos naturales que destaquen y enmarcada en el horizonte por sierras al SE y los llanos del Zújar al N. En el lugar de aparición de la I se

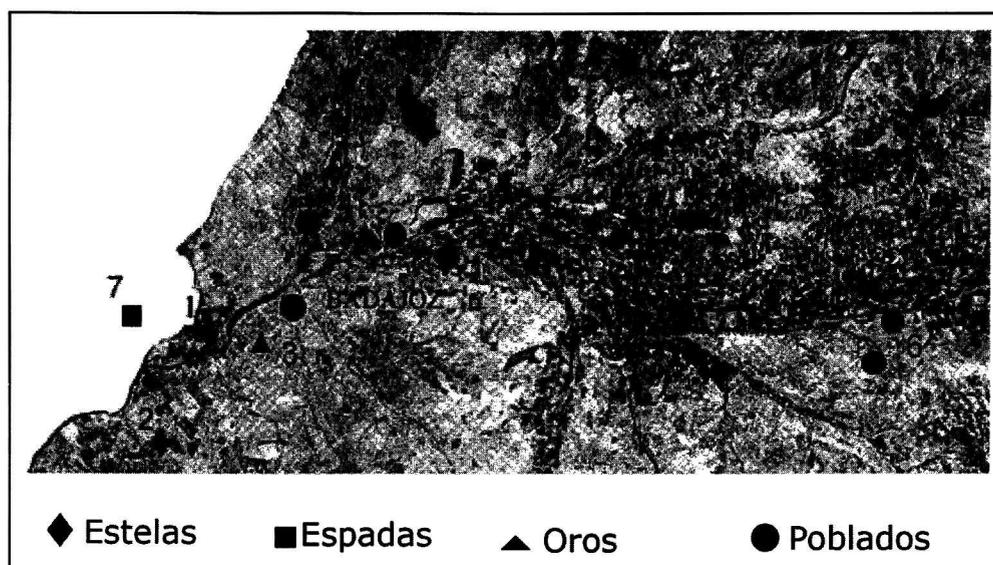


Figura 4. Vegas bajas del Guadiana. 1. Granja Céspedes, 2. Monte Blanco (Olivenza), 3. Olivar del Melcón, 4. Sta. Engracia y Sagradas, 5. El Berdial, 6. Los Condejiles y Caleño Blanco, 7. Elvas (Portugal).

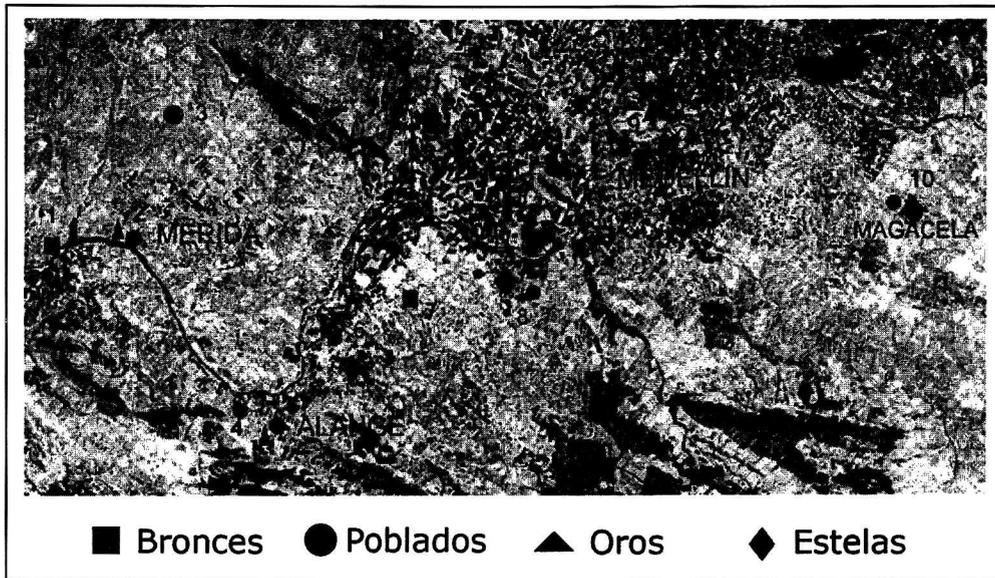


Figura 5. Comarca de Mérida y Vegas altas del Guadiana. 1. Presa de Montijo (Mérida), 2. Morería y tesoro de Mérida, 3. El Carrascalejo, 4. Holgados, 5. Alange, 6. Los Corvos, 7. Guareña, 8. Valdetorres, 9. Medellín, 10. Magacela.

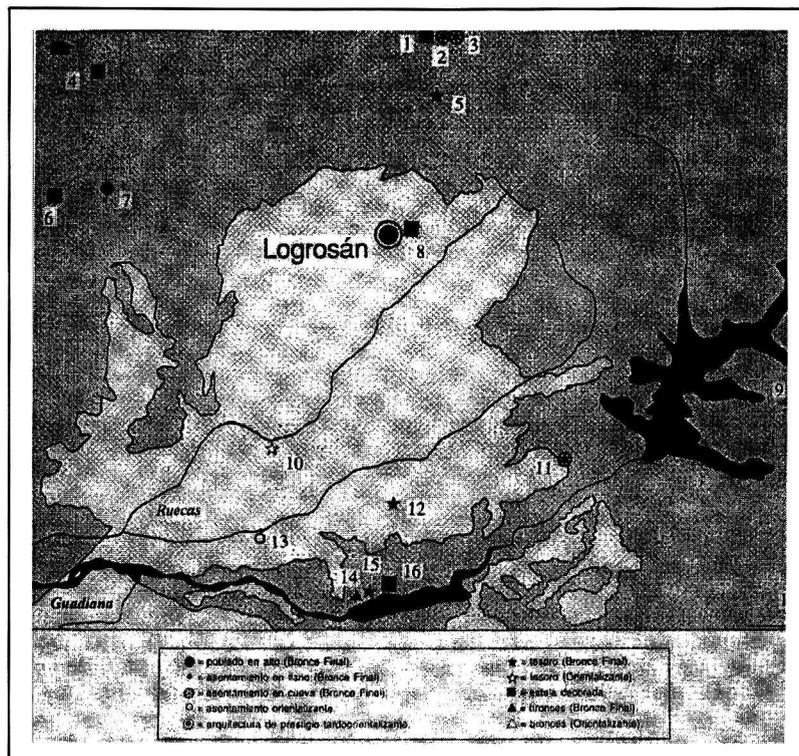


Figura 6. Territorio visualmente controlable desde S. Cristobal de Logrosán y principales hallazgos del Bronce final-Orientalizante (según Pavón, 1999). 1. Estela de Solana de Cabañas, 4. Estela de Trujillo, 6. Estela de Ibahermando, 8. Estelas de Logrosán, 9. Estela de Herrera del Duque, 14 y 15. Asadores, hacha, tesoro y estela de Orellana, 16. Estela de Cogolludo.

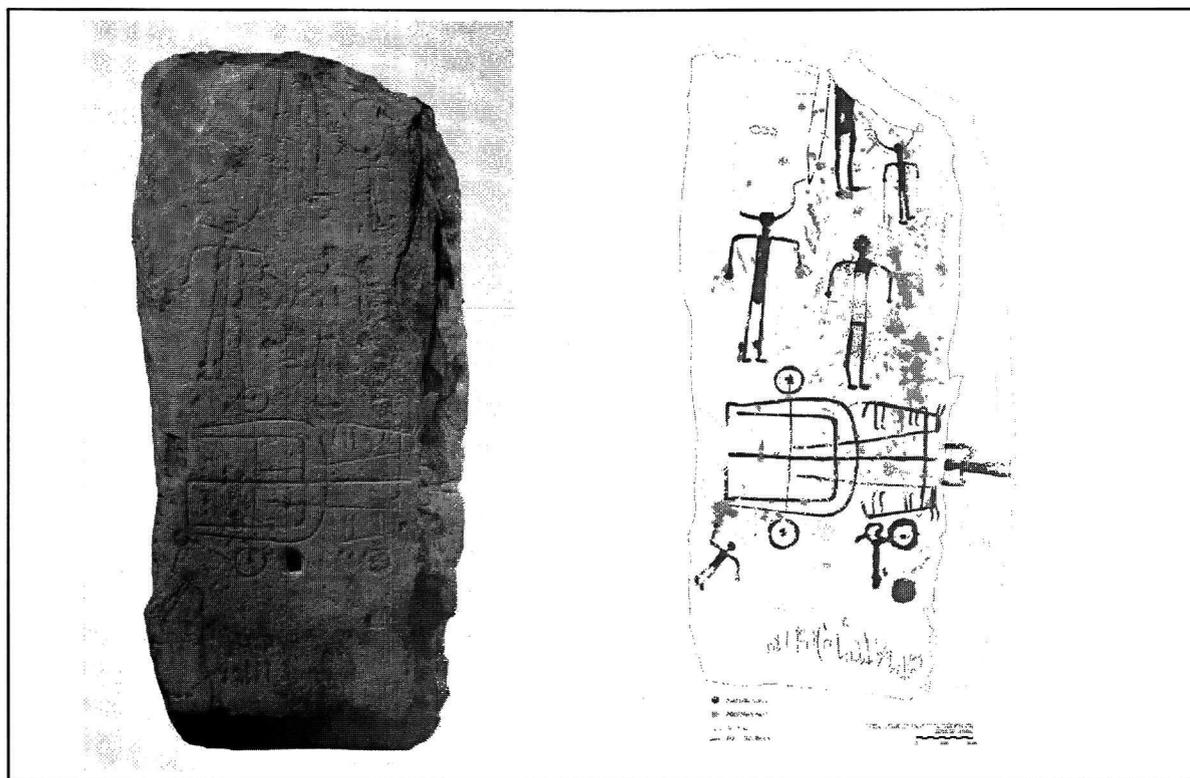


Figura 7. Estela de Cabeza del Buey IV (Museo Arqueológico Provincial de Badajoz).

realizó una excavación sin resultados y algún tiempo después apareció allí mismo la II, que es diademada. La nº III de *Zarza Capilla* se encontró muy cerca a unos 100 m. de las otras en una escombrera. De las ocho del término de *Capilla*, la I y la II proceden de la finca La Moraleja y distaban 500 m. la una de la otra, la I es diademada y la II se encontró rota. El paraje carece de elementos geográficos relevantes en sus inmediaciones, no es de gran potencial agrario ni tiene gran visualidad. La III de *Capilla* proviene de la finca Las Yuntas, a 200 m. del Guadamez. La IV de una suerte agrícola de la Vega de S. Miguel, en terreno fértil enmarcado entre río y sierra. Las nº V, VI y VII son de la finca El Tejadillo, que carece de protagonismo estratégico ó económico y otro tanto cabe decir del lugar de la finca La Pimienta, de donde procede la nº VIII. Es importante apuntar que pese a la proximidad que aparentemente presentan estas estelas con las de *Zarza Capilla* y *El Viso*, las tres de la finca del Tejadillo distan 10 Km. de *Zarza Capilla la Vieja* y unos 5 de las más cercanas del *Viso*, mientras la Vega de S. Miguel aunque está en línea recta a 2 Km. del sitio del *Viso IV* y a 3 de las más cercanas de *Capilla* está separada por la sierra de la Cabrera, donde como recoge Celestino no hay pasos (Celestino, 2001: 377). Del cercano término de *Cabeza del Buey*, además de la más nueva de la finca *Majada Honda* (Domínguez de la Concha y otros, 2005), se conoce el lugar de aparición de las otras tres (figura 8): la I sobre una suave elevación de *La Baileja*, en área de campiña fértil que dista 10 Km. del Zújar y 7 de las sierras que cierran el horizonte por el SE; la II se halló en la finca *Juntilla Alta*, a 7 Km. del Zújar, en un terreno pobre donde algunas anomalías del terreno fueron excavadas sin resultados (Celestino, 2001: 365); la III lo fue en la finca *El Corchito*, alejada ya de los anteriores enclaves 15 y 20 Km. como bien recoge

Celestino, una zona peniallanada sin elementos destacables que paisajísticamente es más cercana a la comarca de La Serena que al entorno del Zújar.

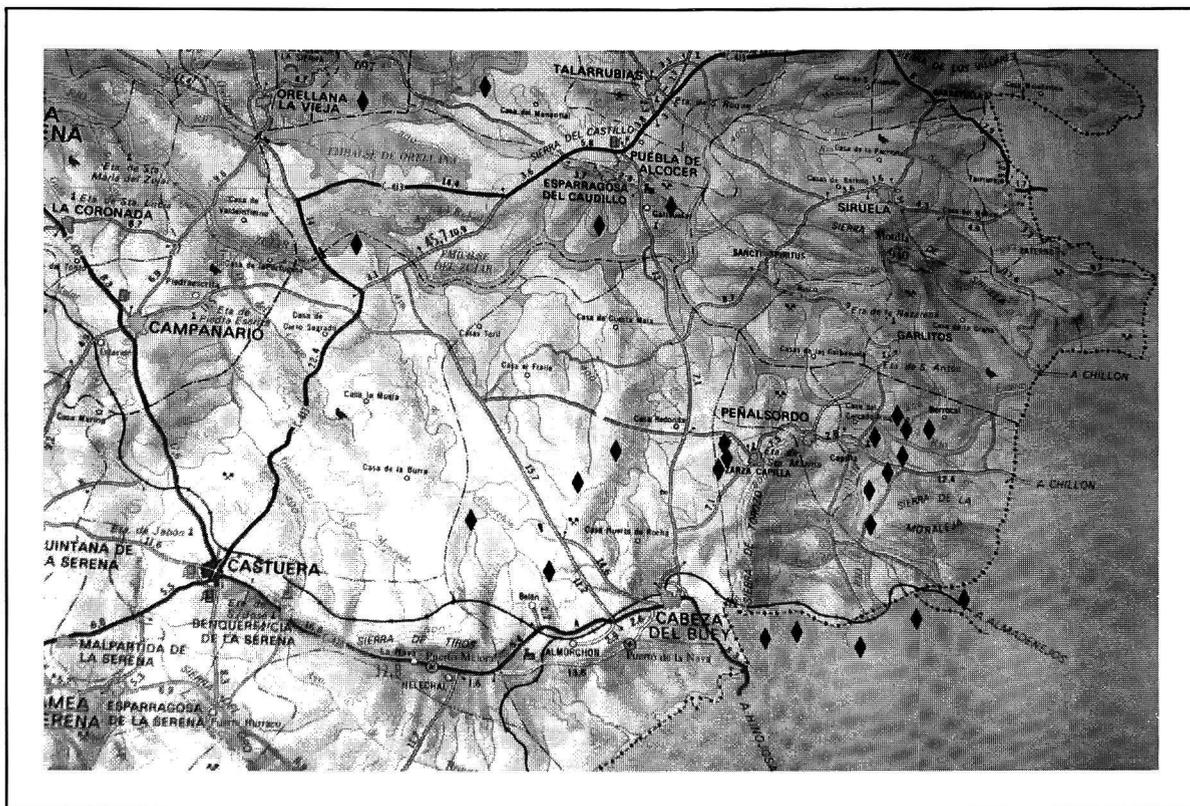


Figura 8. Estelas del Zújar.

Con respecto a las también numerosas del Zújar en la actual provincia de Córdoba, las II a VI del *Viso* también aparecieron con motivo de faenas agrícolas en puntos situados entre el Zújar y las sierras sin que pueda reseñarse nada especial al respecto, salvo la cercanía de algunas (*Viso* II y III) y la presencia de diademas en el conjunto con la de Belalcázar y *Viso* V. Por último, dentro de la comarca de la Serena, tenemos la de *Quintana*, encontrada en una suave elevación de las que hay en la finca Las Reyertas, en una zona peniallanada que como tantos otros sitios carece de elementos destacables. De esta zona debía proceder la de Cancho Roano, reutilizada.

Lo primero que llama la atención de la disposición y naturaleza de los sitios de aparición de estas 27 estelas, a las que se podrían sumar otra media docena de ellas más o menos encuadrables en determinados entornos mas o menos precisos (*Viso* 1, Navavillar de Pela, Magacela, Valdetoques 2, Fuente de Cantos, Castuera (la antigua Esparragosa de Lares I)), es que no coinciden con las áreas de vados del propio Guadiana medio: Badajoz, Mérida-Alange, Medellín, Orellana-Navavillar (figura 3). Solo la estela de Granja Céspedes está relativamente cerca de los vados de Badajoz, de gran importancia histórica (figura 4). Bastante más lejos ya de las de Mérida-Alange están las de Valdetoques, que no es un lugar de acceso natural al cruce del río (figura 5). No hay de momento estelas en el área de Medellín (figura 5) y solo la de Navavillar, encontrada en zona inundable, debió estar cerca del vado de Cogolludo (figura 6). Por otro lado,

el escalonamiento de las estelas del Zújar no señala hipotéticos accesos a los vados de este río ni a los pasos de sus sierras, sino más bien a una dispersión desarticulada en toda su cuenca con una especial concentración a ambas vertientes de las sierras de Toronto y la Moraleja, sin flanquear por ello ningún pasillo, con el propio río y las sierras como horizontes visuales y dispuestas en discretos enclaves (figura 8). Quedan todas bastante apartadas de la Cañada Real Segoviana y de las veredas tradicionales y actuales. De este modo, es muy relativa la relación que puede establecerse con vados del Guadiana o sus afluentes, pasos de sierras o caminos ganaderos salvo los casos concretos de Granja Céspedes tal vez, Cogolludo tal vez y con mayor seguridad la nueva de Esparragosa de Lares y la de Fuente de Cantos. Más clara parece ser así la relación que puede establecerse entre los pasos del Guadiana y otros ítems metálicos de prestigio del Bronce final que jalonan su cauce aunque no de manera exclusiva (Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 121). Entre los que sí lo hacen están el tesoro del Olivar del Melcón en Badajoz y el de Sagradas cerca de los vados de Badajoz (figura 4); las espadas de Montijo, el tesoro de Mérida y el supuesto de Alange en los vados de Mérida (figura 5); los asadores articulados y el hacha de Orellana para los de esta parte, a los que se podrían sumar los oros perdidos de la misma zona de Orellana o el tesoro de Navalvillar de Pela (figura 6).

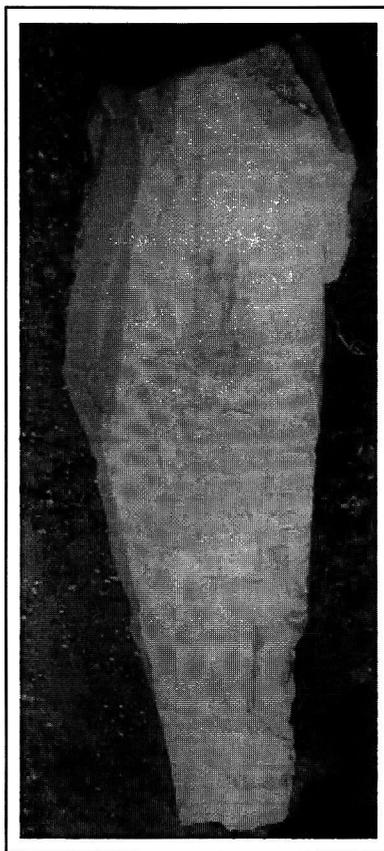


Figura 9. Estela inédita de La Bodeguilla (Esparragosa de Lares).

1. Se trata de una estela de composición vertical donde se aprecian: escudo redondo, figura humana con casco de cuernos, lanza y espejo a su derecha, espada a la izquierda a la altura de la mano, una figura humana más pequeña en la parte inferior derecha y otros motivos más difíciles de reconocer (figura 9).

Pero si nos acercamos a los cruces del Tajo observamos que ocurre otro tanto (figura 3), por ejemplo es muy relativa la relación que alguna vez se ha querido establecer entre las estelas de Torrejón el Rubio, en pleno parque de Monfragüe, y el cruce por Almaraz ya que son 15 Km. entre el lugar de la más cercana en un paisaje serrano y el vado principal. Tampoco encontramos correspondencia a la altura del vado de Alconétar, donde por el contrario si hay documentada una espada (Almagro Gorbea, 1977: 68), ni con la zona de Alcántara o los caminos que conducen a estos puntos de paso del Tajo. A igual conclusión se llega al considerar los cruces de caminos y puntos nodales. Ni siquiera es aquí relativa esa relación con las estelas que conocemos y faltan de momento en los pasos y zonas de contacto intercomarcal. Así, aunque se han asignado a una “localización en paso montañoso” (Galán, 1993: 37) las estelas de Valencia de Alcántara I-III, todas ellas proceden de la misma finca donde también se ubica el poblado del Cofre y no es un paraje montañoso, sino de sierra y no de las más destacadas en el término, a 8 Km. del curso del río Sever que no se ve desde esa zona. También ahí se incluyó la de Hernán Pérez, que apareció en la Dehesa Boyal, o la de Zarza de Montánchez que lo fue junto a un camino que conduce al pie de la sierra, pero bastante antes de él. Dentro de ese apartado se ha clasificado en la zona del Guadiana la de Cabeza del Buey III, que procede de una zona penillanada como se ha recordado, y la de Tres Arroyos que es un caso nada seguro pues con ese nombre se designa un paraje ya aludido muy grande. Sí que en esta cuenca del Guadiana pueden destacarse como hemos reiterado el caso de Fuente de Cantos y el nuevo de Esparragosa de Lares que de momento son los únicos enclaves concretos próximos a una Cañada Real.

Por tanto, parece que es mejor buscar otro tipo de relaciones e imbricaciones con el paisaje, el territorio o la propia tierra, o sea mirar en otra dirección. Para ello podemos intentar valorar primero la relación de esos mismos ejemplos que hemos recogido con los distintos ecosistemas de la misma línea del Guadiana medio. Cabe recordar así como en zona de vegas o de terrenos fértiles se han encontrado los ejemplares de Granja Céspedes, Valdetorres I, Capilla IV y Cabeza del Buey I, a los que quizás se podrían añadir algunos más de los encontrados en puntos más imprecisos, bien en las áreas hoy inundadas por los pantanos del Guadiana y Zújar (la de Castuera conocida hasta ahora como Esparragosa de Lares I y Navalvillar de Pela), bien en entornos de vega (Valdetorres II). Pero la mayor parte del resto de las del Guadiana lo han sido en penillanuras y otras al pie de sierras, como también ocurre en la zona de mesopotamia entre Guadiana y Tajo, mientras las pegadas al Tajo y las situadas al N. de éste son mayoritariamente más serranas, pero unas y otras, con sus distintos enclaves, están en terrenos no muy ricos de desigual capacidad de explotación pero pocas veces en los más marginales y pobres. En segundo lugar, dentro de esa búsqueda de integración podemos cotejarlos con los asentamientos conocidos puesto que como ya se ha dicho también es relativa una cierta proximidad a poblados (figura 3). En el Guadiana medio tenemos por ejemplo Granja Céspedes en el entorno de los yacimientos del Bronce final de Badajoz (figura 4), Valdetorres con Travieso, Magacela con el cerro del castillo, donde unos recientes sondeos han podido documentar niveles del Bronce final (figura 5), Peñón del Pez en Capilla cerca de la finca La Moraleja, cerro de la Barca en Herrera del Duque, Los Villares en Garbayuela, Terciomalillo en Campanario (Pavón, 1998) y otros cordobeses de las cercanías del Viso y Belalcázar como el de Madroñiz (Murillo y otros, 2005: 41). Esa cercana presencia se tiene constatada también en el Tajo (figura 3): estelas del área de Logrosán-cerro de S. Cristóbal (figura 6), estelas de Valencia de Alcántara-El Cofre en la misma finca, estelas de Torrejón el

Rubio-poblado del castillo de Monfragüe, Las Eras-Montánchez, etc. (Pavón, 1998). Incluso puede señalarse para otros puntos del Guadalquivir medio (Murillo, 1996) y bajo: Écija, Carmona, Montemolín, etc.

Cabe resaltar pues que las estelas conocidas no están por lo general junto a los lugares de paso obligado, como ya hemos argumentado, pero muchas veces tampoco demasiado lejos de los mismos. De igual manera que no están junto a los poblados conocidos, pero tampoco demasiado lejos de ellos y nunca en territorios vacíos. También como una buena parte –otras sí– no está ligada a las tierras con mayor potencial económico teórico, pero tampoco están por lo general en las peores, aunque hay que reseñar esa cercanía que a veces tienen con puntos económicos de interés, como ocurre con las estelas de los alrededores de Logrosán, que se sitúan no lejos del poblado minero de S. Cristóbal (figura 6), o algunas del Guadalquivir que están también cerca o bien dentro de áreas fértiles, como ocurre con las citadas del Guadiana medio. Algo parecido puede decirse con respecto a los lugares donde se han encontrado tesoros áureos o bronce singulares aislados o en depósitos, no están al lado pero tampoco ofrecen una dispersión excluyente. Todo esto parece conducirnos a una territorialidad especial y propia para las estelas dentro de esos ámbitos rurales donde hay aldeas y poblados, depósitos de bronce, circulan joyas de oro, otros bronce y por supuesto materias primas no solo subsistenciales sino, en opinión de algunos investigadores, hasta esclavos (Moreno Arrastio, 2000). Ese panorama es el que nos induce a pensar en una toma de conciencia por el control de la tierra dentro de un marcado ámbito rural, con un cierto carácter selectivo y descentralizado, no en un “entorno pensado”, sino adaptado, que marca esa “especial geografía” de las estelas que no es la de los poblados estratégicos, las joyas de oro y armas u objetos rituales de bronce ni tampoco la de los puntos de paso, sino esas geografías particulares que decía Celestino. Unas geografías variadas tantas veces anodinas y monótonas en sus ecosistemas, quizá revalorizadas por la coyuntura del momento, con una economía productiva a mayor escala, de modo que fueron objeto de interés territorial para grupos jerarquizados de las áreas cercanas o periféricas a los puntos emergentes, centros o espacios nodales sobre los que se estaba articulando la vertebración territorial: los poblados que apuntan al fenómeno del sinecismo aldeano por un lado y por otro las rutas y caminos, que también parece ser que fueron puntos nodales de vertebración y espacios de cambio. De ese modo, cabe valorar como las estelas se ubican más que en las rutas de transhumancia en zonas no excesivamente alejadas de las mismas, igual que no lejos de las áreas estratégicas de paso y de poblados que comienzan a vertebrar el territorio y sus recursos. Su ubicación y vinculación con determinados parajes serían así a la vez fruto y manifestación de una complejidad territorial con sus centros y periferias a una escala mesoespacial. Y quizá por ello cuando el poblamiento y la territorialidad estuvieron bien articulados y definidos en torno a determinados enclaves que acusan ya una presencia significativa de materiales orientalizantes no tan exclusivos es cuando parece que las estelas llegan a su fin.

En este punto es donde se puede matizar esa cuestión de la apropiación de la tierra, de unos territorios con cierto carácter periférico con respecto a los centros y núcleos nodales citados, de los que en cierta medida serían complementarios, en unos momentos en los que se estaban gestando mecanismos de interacción que más tarde se desarrollarían (Aubet, 1990: 35) pero que necesitaban previamente una definición clara del papel de las elites para su posterior funcionamiento. Y por esta cuestión, entre otras, hemos dicho antes que este

fenómeno de las estelas no es ajeno al mundo mediterráneo, aunque como expresara Galán se podría decir que hay en ellas un cierto “esquema de pensamiento atlántico” (Galán, 1993: 79), pero también evocadoras escenas propias del ámbito Mediterráneo (Almagro Gorbea, 1998; Bendala, 2000). Ruiz Gálvez ha apuntado que el poder y jerarquía en el Bronce final no se alcanzaba directamente por el control de la tierra (Ruiz Gálvez, 1992: 236) y cómo primaban las vías de comunicación sobre la tierra (Ruiz Gálvez, 1998: 343), pero en esa coyuntura y contexto, donde había que definir o redefinir identidades de poder al menos simbólicas, y con esas geografías particulares que presentan las estelas y otros elementos del registro arqueológico, consideramos que debió ser el campo, el ámbito rural en su conjunto como concepto espacial más globalizador, el marco físico sobre el que asentar ese poder. El ámbito rural en si mismo en cuanto fuente de recursos aprovechables no solo para la ganadería y la circulación. Por otro lado, si se acepta la inexistencia de grandes territorialidades en el mediodía peninsular y que había grandes espacios descentralizados con ocupaciones y explotaciones selectivas, dispares además como se ha podido comprobar en los referenciados trabajos sobre el poblamiento del SO en el Bronce final, ¿pudo existir una dialéctica entre los espacios con estelas y las aldeas?, ¿una apropiación diferencial para la gestión de las riquezas del campo?, ¿con las estelas querrían marcar espacios rurales periféricos a recursos mineros, pasos, enclaves estratégicos, zonas ricas? ¿Obedece a esa estrategia la densidad de estelas en un área un tanto marginal como el Zújar? Ahora bien, nos parece importante matizar que no nos estamos refiriendo en absoluto a nada que tenga que ver con la construcción de un espacio social ni con la búsqueda de una identificación entre espacio geográfico definido y espacio social acotado. Ya hemos intentado definir las connotaciones de esas especiales geografías, que nos parecen adaptadas como se apuntó, y donde las estelas deben entenderse como parte y manifestación de unos procesos socioeconómicos y territoriales complejos, en los que se integran y no al revés. En cuanto a vincular su particular geografía con un ritual, lo que cabe sobre todo son especulaciones puesto que la ubicación concreta dentro de esos espacios pudo obedecer a factores ideológicos difíciles de descifrar. A veces no es precisa una especial geografía para un ritual, otras sí, aquí quizá solo un lugar en la naturaleza bien conocido por quienes por allí estaban que pudiera ser o no de carácter productivo, doméstico, sacro, etc.

Pero al margen de estos interrogantes que pudieran surgir a la hora de buscar su integración en un modelo más amplio de relaciones socioeconómicas, la vinculación de las estelas con la tierra la seguimos planteando en clave de apropiación, de toma de posición sobre un valor en alza como creemos que fue el ámbito rural donde se integran. Por ello, nos parece de interés traer a colación la importancia que solían tener en el pasado las representaciones simbólicas en los modos de apropiación de territorios, casi siempre con un trasfondo económico. Las estelas no serían un caso aislado dentro de estas formas de comportamiento ideológico para las que sobran ejemplos, la heráldica medieval por citar solo uno bien conocido funcionaba en su propio contexto como expresión simbólica de personas, linajes o familias que ejercían su jurisdicción sobre “su” territorio, de ahí que nos parezca de interés recoger lo apuntado por T. Chapa en un reciente trabajo sobre los toros ibéricos del Bajo Segura cuando concluye que: “iconografía y economía van estrechamente unidas, pero a veces los símbolos no son un trasfondo directo de los elementos que representan, sino del espacio en el que actúan” (Chapa, 2005: 15).

2.3. *La apropiación de la tierra*

Queda por último intentar definir como se concibe el modelo de esa apropiación de la tierra que hemos apuntado como una de las funciones simbólicas polivalentes de las estelas. Una definición que es ciertamente difícil de concretar con el registro arqueológico actual y para la cual debemos contar con su integración en las variables territoriales de estudio que hemos venido manejando: geografía, poblados, oros, bronces y las propias estelas. Pero tal vez aquí los elementos del discurso sí que puedan ofrecernos algunas claves o pistas, que nos situarían en la línea apuntada por Ruiz Rodríguez sobre la formación de las relaciones sociales clientelares (Ruiz Rodríguez, 1998), aunque también frente a las dificultades que existen para definir con cierta precisión la estructura social interna en la que surgieron las estelas, cuestión ésta que ya se ha apuntado al final del apartado 2.1.

Con todo, no existen muchas dudas a cerca de como las armas y demás objetos de exhibición son símbolos legitimadores de una condición social elitista y de como su utilización es exclusiva, de modo que su imbricación en un determinado espacio físico de actuación puede conducirnos a plantear si llevaban también implícito un mensaje o expresión de control sobre los medios de producción. Las armas son símbolos de distinción presentes en las estelas básicas pero también en las más complejas, aunque con ese menor protagonismo, de manera que su referencia no se pierde y en cierta medida justifica el calificativo utilizado muchas veces de estelas de guerreros. Por su parte, las diademadas exhiben también símbolos continuistas que, como apuntamos, cabe valorar socialmente como complementarios y no opuestos a un sistema de poder básicamente parental. La dinamización del discurso de refuerzo u orientalización de las de guerreros a través de peines, espejos, liras, carros, etc. marca así mismo la utilización de unos símbolos que siguen siendo emblemas personales pero que también poseen, como las armas, una proyección social, comunal, sobre gentes con dependencia jerárquica de ellos. Si todo esto se acepta, podríamos estar ante un modelo de exhibición de poder social que incluiría los medios de producción, que se proyectaría también sobre ellos, y de esta manera no se necesitaría una propiedad privada o personal sobre la tierra, sino una apropiación y cohesión del grupo social en torno a su valor, es decir en torno al espacio en el que los símbolos del poder actuaban. En este sentido cabría hablar de propiedad comunal pero con un control elitista de su producción y uso. Sería un modelo de apropiación reivindicativa simple, donde las riquezas no son comunales aunque el medio sí, al estar productivamente controlado. Un control al menos simbólico y reivindicativo que diferenciaría también a las estelas del papel de los oros y bronces encerrados o no en depósitos y que incidiría en un espacio casi siempre cercano al territorio rural inmediato a los poblados.

Evidentemente el planteamiento de una proyección social de control sobre los medios de producción es una cuestión que puede abordarse mucho mejor con las estelas complejas que con las simples, pero hemos venido insistiendo en realzar las continuidades discursivas o de sintaxis y las dudas cronológico-evolutivas desde lo simple a lo complejo en las estelas no están disipadas. Pero parece cierto que son las más complejas las que muestran un carácter simbólico no solo guerrero, sino también señorial que resulta más ilustrativo de las dependencias sociales en diversas escalas, que tal vez es lo que se quiso expresar con la jerarquización de las propias figuras secundarias de algunas estelas. Ya recordamos como éstas se han interpretado alguna vez como esclavos y también como sacrificados en un ritual funerario,

aunque si vemos la escenografía de algunas, como la citada de Cabeza del Buey IV (figura 7) y la socorrida de Ategua, los personajes secundarios se sitúan sobre diferentes planos y con diferentes tamaños de manera que no parece que puedan limitarse a un solo estrato social bajo, sino más bien a una escala más variada de estratificación social. ¿Muestran estructuraciones como la de Cabeza del Buey IV y la de Ategua relaciones de dependencia sobre las fuerzas de producción en su conjunto y no solo sobre individuos de clase?

En definitiva, concebimos aquí la apropiación no como un sistema que ponga énfasis en la propiedad exclusivista, sino en el control de la cohesión social y a través de ésta del valor de la tierra, del espacio o territorio de acción simbólica. Procesualmente esa apropiación la planteamos como un primer paso en el camino que conduciría a la aparición de verdaderas aristocracias rurales, en un estadio que todavía no necesitaba de estrategias de segregación, de manera que nos encontraríamos en una fase de complejidad anterior al surgimiento de propiedades particulares a través de la tierra. Un modelo de apropiación simple, sobre todo reivindicativo y simbólico, de cohesión y control social elitista sobre espacios rurales, unos espacios en los que se empezaba a desarrollar el proceso y el conflicto por el control de la tierra.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce final y el período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispánica XIV. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1989): *Arqueología e Historia. El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante Mediterráneo*. Gerión anejo II, 277-288.

ALMAGRO GORBEA, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1998): *Precolonización y cambio socio cultural en el Bronce Atlántico*. En Oliveira Jorge (ed.): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico? Trabalhos de Arqueología* 10. 81-101

ALMAGRO GORBEA, M. (2005): *La literatura tartésica. Fuentes históricas e iconográficas*. Gerion 23, 39-80.

AUBET, M. E. (1990): *El impacto fenicio en el interior del mediodía peninsular*. La Cultura tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses 2, 29-45.

BARCELÓ, J. A. (1992): *Una interpretación socioeconómica del Bronce final en el sudoeste de la Península ibérica*. Trabajos de Prehistoria 49, 259-275.

BARCELÓ, J. A. (1995): *Sociedad y economía en el Bronce final tartésico*. En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Jerez de la Frontera, 561-590.

BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1992): *Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental*. Paleontología de la Península Ibérica Complutum 2/3, 65-89.

BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1995): *Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste ibérico*. En Ruiz Gálvez (ed.):

Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce final europeo. *Complutum extra* 5, 85-115

BELÉN, M.; ESCACENA, J. L. y BOZZINO (1991): *El mundo funerario atlántico del Bronce final en la fachada atlántica de la península Ibérica I. análisis de la documentación*. Trabajos de Prehistoria 48, 225-256.

BENDALA, M. (2000): *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Temas de Hoy. Madrid.

BLÁZQUEZ, J. M. (2002): *La precolonización y la colonización fenicia. El período Orientalizante en la Península Ibérica*. *Archivo Español de Arqueología* 75, 37-57.

BRADLEY, R. J. (1990): *The passage of arms. An archeological analysis of hoards and votive deposits*. Cambridge University Press.

CELESTINO, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra, Barcelona.

CELESTINO, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (ed.) (2005): *El Período Orientalizante, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV. Madrid.

CHAPA, T. (2005): *Iconografía y economía: un ejemplo aplicado a los orígenes de la escultura ibérica en el área del Bajo Segura (Alicante)*. *Munibe* 57, 5-18

DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C.; GONZÁLEZ BORNAY, J. M. y DE HOZ, J. (2005): *Catálogo. Estelas decoradas siglos VIII-V a.C. del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz*, Badajoz.

DUQUE, D. (2004): *La gestión del paisaje vegetal en la Prehistoria reciente y Protohistoria de la Cuenca Media del Guadiana a través de la Antracología*. Tesis Doctoral, Cáceres.

DUQUE, D. (2005): *Nuevas aportaciones antracológicas para la caracterización del paisaje vegetal del poblado protohistórico de Aliseda*. *El Período Orientalizante, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV, 535-549.

ENRÍQUEZ, J. J. (en prensa): *El papel de la muerte y de la ideología funeraria en la Protohistoria extremeña*. *Arqueología de la tierra*. VI Cursos de verano de la Universidad de Extremadura 2005.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M. J. (2002): *Los depósitos de armas en el Bronce final: el nuevo hallazgo en Puertollano (Ciudad Real)*. Trabajos de Prehistoria 59,2, 113-133.

GALÁN, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce final del Suroeste peninsular*. *Complutum extra* 3. Madrid.

GÓMEZ TOSCANO, F. (1997): *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*. Universidad devuelva. Huelva.

GONZÁLEZ DE CANALES, F. (2004): *Del occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso*. Biblioteca Nueva. Madrid.

- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO PICHARDO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- GONZÁLEZ LEDESMA, C. (en prensa): *Nueva estela de guerrero encontrada en el entorno del embalse de Orellana (Orellana de la Sierra, Badajoz)*. VIII Congreso de Estudios Extremeños.
- GRAU, E.; PÉREZ JORDA, G.; y HERNÁNDEZ CARRETERO, A. (1998): *Paisaje y agricultura en la Protohistoria extremeña*. En Rodríguez Díaz coor.: *Extremadura Protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*. Universidad de Extremadura, Cáceres, 31-62.
- HARRISON, J. R. (2004): *Symbols and warriors. Images of the Europa Bronze Age*. Bristol.
- HERNÁNDEZ CARRETERO, A.; LÓPEZ GARCÍA, P. y LÓPEZ SAEZ, A. (2003): *Estudio paleoambiental de la cuenca media del Guadiana durante el I milenio a.C.: El cerro del castillo de Alange y el cerro de la Muela de Badajoz*. Spal 12, 259-283.
- MEDEROS, A. y HARRISON, R. J. (1996): *Patronazgo y clientelas. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce final Atlántico en la Península Ibérica*. Pyrenae 27, 31-52.
- MONGE SOARES, A. (2005): "Os povoados do Bronze final do Sudoeste da margen esquerda do Guadiana: novos dados sobre a cerâmica de ornatos bruñidos". *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8,1; 111-145.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (1999): "Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico." *Gerión* 17, 149-177.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (2000): "Tartessos, estelas, modelos pesimistas". Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Coloquio de comercio preclásico I coloquio del CEF y P. Madrid, 153-174.
- MURILLO, J. F. (1996): *Análisis de poblamiento durante el Bronce final y el Período Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir*. Universidad de Córdoba. Córdoba.
- MURILLO, J. F.; MORENA, J. A. y RUIZ LARA, D. (2005): *Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real*. Romula 4, 7-46.
- OLIVEIRA JORGE, S., (ed.) (1998): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico? Trabalhos de Arqueologia* 10. Lisboa.
- OLIVEIRA JORGE, S. (1999): *Stèles et statues-menhirs de l'Age du Bronze en Peninsule Iberique: discours de pouvoir. L'Europe au temps d'Ulysse. Dieux et héros de l'Age du Bronze*. París, 114-123.
- PAVÓN, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los rios Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- PAVÓN, I. (1999): *Los albores de la Protohistoria en la "Mesopotamia" extremeña: notas para la discusión de un modelo*. *Estudios Pré-Históricos* VII, 179-212.
- PAVÓN, I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (en prensa): "Campo y Ciudad en la Protohistoria extremeña: conceptos y criterios investigadores". *Arqueología de la tierra*. VI Cursos de verano de la Universidad de Extremadura 2005.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ, J. J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Bellaterra. Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN, I.; MERIDETH, C. y JUAN, J. (2001): *El cerro de S. Cristóbal, Logrosán. Extremadura, Spain*. B.A.R. 922. Oxford.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (1992): *La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Prehistoria de la Península Ibérica*. *Spal* 1, 219-251.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (1993): *El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce*. *Complutum* 4, 41-68.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (ed.) (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce final europeo*. *Complutum extra* 5. Madrid.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de Europa occidental*. Crítica, Barcelona.
- RUIZ GÁLVEZ, M. y GALÁN, E. (1991): *Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales*. *Trabajos de Prehistoria* 48, 257-273.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1996): *Desarrollo y consolidación de la ideología aristocrática entre los íberos del sur*. Coloquio Internacional Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura. Serie Varia 3. Universidad Autónoma de Madrid, 61-71.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1998): *Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales*. *Saguntum Extra* 1, 289-301.
- SOARES, J. y TAVARES, C. (1998): *From the collapse of the Chalcolithic mode of production to the development of the Bronze Age societies in the south-west of Iberian peninsula*. En Oliveira Jorge, S. (ed.): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?* *Trabalhos de Arqueologia* 10, 231-245.
- TORRES, M. (2002): *Tartessos*. *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 14. Real Academia de la Historia. Madrid.
- VARELA GOMES, M. (1995): *As estelas funerarias da Idade do Bronze final no centro e sul de Portugal*. *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*. Lisboa, 130.
- VARELA GOMES, M. y PINHO MONTEIRO, J. (1977): *Las estelas decoradas de Pomar (Beja, Portugal). Estudio comparado*. *Trabajos de Prehistoria* 34, 165-214.
- VILAÇA, R. (1995): *Aspectos do povoamento da Beira interior (centro e sul) nos finais da Idade do Bronze*. *Trabalhos de Arqueologia* 9. Lisboa.
- VV. AA. (1993): *El camino de Andalucía. Itinerarios Históricos entre la Meseta y el valle del Guadalquivir*. Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente. Madrid.